

MAGNITUD 10

Álvaro Panadero Jiménez

Image not found.

Capítulo 1

RELATO CORTO: MAGNITUD 10

- ¡Harvey Presnell! ¡Que llamen a Harvey Presnell inmediatamente! ¡Por Dios Bendito!

- Ahora mismo Sr. Crawford.- anunció Jane, su secretaria, conteniendo su nerviosismo.

Dwight se sentó cuán menudo era en la butaca de su despacho. Tamborileaba los huesudos dedos de su mano izquierda sobre la mesa de roble que Gregory Baltcher le había comprado antes de retirarse como director del Servicio Geológico. Aún recordaba la sonrisa afable de Baltcher, y sobre todo, su entera serenidad. Su rostro era verdaderamente impenetrable, podía mirar de la misma forma a una persona durante minutos, como a una hormiga en busca de alimento; pero Gregory ya no estaba allí para hacerse cargo de la situación: llevaba muerto casi diez años. Dwight sintió una enorme presión en el pecho, detuvo la minimalista percusión de sus falanges sobre el mueble. No creía que fuese otro ataque, durante dos meses había estado tomando la medicación, aunque la última vez juraría que había visto la luz. Se había sentido completamente aliviado al comprobar que al final de la luz se encontraba su médico de cabecera, el Dr. Lambert, comunicándole que había sufrido un infarto, y que por desgracia, tendría que medicarse para el resto de su vida. Aquello como era de esperar había alterado gravemente a Dwight, que ya acostumbraba a ser una persona alterada de por sí, a la par que nerviosa. Se rascó el pelo cano peinado a raya, parecía que volvía a escucharse el pulso. Alzó la mirada al comprobar que se trataba de su secretaria.

- Estará aquí en unos diez minutos.

- Cancele todas mis reuniones y vaya preparando la sala de juntas. – casi vomitaba Dwight.

- ¿Ha ocurrido algo grave, señor? – preguntó su secretaria con preocupación.

- No... aún no. – balbució al final.

La secretaria permaneció perpleja ante esta respuesta. Dwight no podía evitar pensar en Gregory, le dijo algo el día que le regaló esa mesa... Seguía sin conseguir recordarlo.

- Sr. Crawford...

- Si... Debería ir yendo a organizar la sala de juntas. Necesito que llame también a la FEMA*.

- Sí, Sr. Crawford. Ahora mismo.

- Gracias, Jane.

Sintió las sienes contraídas, cerró los ojos con fuerza, intentando no pensar en el dolor. Hacía una semana que llevaba ocurriéndole, Mary le había dicho que podía deberse al estrés. Claro que Mary lo achacaba casi todo al estrés. Ella tenía suficiente con sus clases de yoga, las clases de tenis, las clases en la Universidad. En el fondo vivía una vida tranquila, despreocupada. Le había comentado en alguna ocasión marcharse a vivir a Portugal, alegando que cuando estuvieron de vacaciones en Lisboa, hacía ya tres años, se había dado cuenta de la calma y del sosiego en el que vivían los portugueses. Dwight había tomado nota de ello. Aquella noche tras haber bebido un buen whisky con soda que Patrick le había regalado por sus bodas de plata, no era consciente de que su hijo le conociese aquel pequeño vicio, aunque también conocía a Harvey, y sabía que su padre y su amigo tenían por costumbre después de pasar un agradable fin de semana de pesca en la bahía de San Francisco, tomarse unos buenos vasos de whisky escocés. En resumidas cuentas, Dwight estuvo reflexionando toda la noche acerca de pedir una excedencia y buscar una buena casa en Portugal. La idea se disipó de su cabeza tan pronto como se metió en la cama, después de haberse tomado tres vasos de whisky.

Que Patrick fuera su único hijo le agradaba, a pesar de que Mary había deseado tener más hijos. Pero Dwight dejó claro con firme imposición, típica en su carácter alterado y temperamental, que no deseaba tener más hijos. Mary finalmente lo había aceptado con resignación a lo largo de esos más de veinticinco años de matrimonio. Y ahora, aquello...

Apoyó su mano en su puntiaguda barbilla, mientras observaba con la vista cansada la entrada de su despacho, se aflojó el nudo de la corbata, sentía que apenas podía tragar saliva. Necesitaba sentir fluidos cayendo por su garganta; la tenía seca por completo. De nuevo volvió a apreciar que las sienes se le contraían, y un pum, pum, que no cesaba. Volvió a cerrar sus agotados párpados, a pesar de la situación habría dado lo que hubiese sido por una siesta. Intentó darle vueltas de nuevo, acerca de qué es lo que le había dicho Gregory aquel día; era absolutamente incapaz.

- ¿Dwight?

Abrió los ojos al escuchar la voz profunda y contundente de Harvey, que se encontraba apostillado con su enorme envergadura en la puerta. Vestía

su habitual traje marrón oscuro, su camisa amarilla que ya perdía el color progresivamente, y corbata negra. Se acercó con todo su peso hacia Dwight, y le estrechó la mano con cierta desgana.

- ¿Puedo sentarme?

- Supongo... sí... aún hay tiempo. Siéntate, Harvey.

Harvey dejó caer su enorme y protuberante trasero sobre el asiento. Se mesó su barba de candado con cierta urgencia y habló directamente, algo muy típico de él:

- Tu secretaria me ha dicho que iba a llamar a la FEMA.

- Sí.

- ¿Es muy grave?

- Es insólito.- respondió Dwight con la garganta reseca.

Harvey entornó los ojos hacia la puerta e hizo un gesto con la cabeza a Dwight. Este asintió y su flequillo cano también asintió por él. Harvey volvió a levantarse con cierta torpeza, cerrando la puerta con toda la discreción que le permitieron los muñones que tenía por manos y regreso a su asiento.

- ¿Cuánto?

- Magnitud diez.

- ¿Diez? – inquirió Harvey con sus mofletes balanceándose.

- Sí, alguna vez tenía que suceder... - respondió Dwight con práctica aceptación.

- Santo Dios...

- Eso he dicho yo... necesito un trago... ¿No tendrás algo...?

- Sí, sí, espera...

- Sé que no es el mejor momento, pero...

- Nunca es el mejor momento, Dwight. No te disculpes. – le interrumpió con cierta brusquedad Harvey – Además yo también lo necesito.

Harvey rebuscó en el interior de su enorme americana-mantón, hasta dar con una pequeña petaca plateada que pasó a Dwight, la desenroscó con

nerviosismo mal disimulado y dio un buen trago al licor. Se lo pasó a Harvey, que hizo lo mismo. Después permanecieron en silencio durante un minuto: a modo de réquiem. Harvey volvió a enroscar el tapón a la petaca y se la guardó de nuevo en el interior de su enorme americana. Colocó sus muñones carnosos sobre los salientes que tenía por rodillas en toda aquella maraña de grasa y agachó la cabeza en actitud reflexiva. Dwight se limitó a inclinar la cabeza y a regresar al tamborileo sobre la mesa de roble.

- ¿Cómo está Mary? – preguntó de pronto Harvey.

- Bien. Mucho mejor que yo desde luego. Ha ido a pasar unos días con su madre a Ohio. Últimamente no hablamos mucho... no sé, la verdad...

- Son etapas. Está en la naturaleza de todas las cosas. ¿Y Patrick?

- Estupendamente... Se ha declarado a su novia. Están fijando fecha para la boda.

- Vaya, enhorabuena. Felicítale de mi parte. – comentó Harvey, sin mucho entusiasmo.

- Lo haré... lo haré... ¿Y Susan? ¿Cómo está?

- De vacaciones de primavera con unas amigas en California.

- Me refería a... cómo está llevando lo de...

- Estamos en ello, Dwight. – volvió a interrumpir Harvey, con cierta brusquedad.

- Ajá... ya... ya... - disipó Dwight con celeridad.

- Esto le viene muy bien, me refiero a salir fuera con los amigos, al final es lo que más valoran. Siempre será mi niña, pero el vínculo entre una madre y una hija, bueno... ya sabes... Es algo casi sagrado.

- Claro, claro... - asintió Dwight con nerviosismo acentuado.

Tamborileó con más fuerza sobre la mesa. Harvey intentaba obviar éste detalle, pero se le hacía extremadamente difícil. Eran unos golpes machacones, pum, pum, pum, pum.

- ¿Quién vendrá en nombre de la FEMA? – preguntó con contundencia Harvey, para ver si de esta forma cesaba el tamborileo de Dwight. Pero no fue así.

- Un representante.
- ¿No será un tal Keigwin Davis?
- El mismo... ¿Le conoces?
- Vino a dar una conferencia a la Universidad, acerca del funcionamiento de la FEMA y de su importancia dentro del Departamento de Seguridad Nacional. Fue muy elemental. – contestó Harvey con tono seco y apático.
- Espero... que al menos fuese instructivo.
- Fue muy elemental, Dwight. Eso es todo.
- Ya, ya...

Dwight continuó tamborileando los dedos sobre la mesa. Pensaba que la imponente presencia de Harvey, y su visión resolutiva de las cosas le ayudaría a tranquilizarse, pero no lo estaba. Y no podía dejar de pensar en aquello que le dijo Gregory. Harvey en aquel momento pareció leerle el pensamiento.

- ¿Sabes? Ojalá Gregory estuviese vivo para poder ver esto... se restregaría los ojos de incredulidad. – comentó Harvey, jocosamente.
- Gregory... Oh, sí... Desde luego. – asintió Dwight.
- Diría...: *"¡Si Richter levantase la cabeza desearía que le incinerasen!"*
- Algo típico de Gregory... siempre mantuvo una estrecha relación con Thomas, le molestaba enormemente que no hubiesen tenido en debida cuenta la contribución de Kanamori.
- Sí, es cierto.
- Jamás se consideró un patriota al uso, quiero decir, era objetivo hasta las últimas consecuencias... ¿Me entiendes, Harvey?
- Por supuesto. Y eso siempre le acarreó graves problemas, duras críticas, su estilo de vida poco convencional.
- ¿A qué te refieres con poco convencional?
- Pues a eso, poco convencional... Ya sabes.

Dwight se puso extremadamente tenso de pronto, no entendía a qué podía referirse Harvey, y si tenía que ver con lo que le dijo el día que se despidió de él, el día que hizo que le llevaran la mesa de roble. Dwight se

levantó en un impulso repentino, casi a punto de abalanzarse sobre la enorme figura de Harvey.

- ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué...? ¿Qué estás insinuando?

- Vamos, Dwight... Sabes perfectamente a qué me estoy refiriendo. – respondió Harvey ladeando el graso ancho de su cuello hacia un lado, como un gesto de evasión.

- No, no tengo ni idea de a qué te refieres... Y me gustaría saberlo, así que... si no te importa...

- Estás un poco nervioso. Deberías calmarte.

- ¿Calmarme? ¡¿Cómo voy a calmarme, Harvey?! ¡Los sismógrafos han detectado un seísmo de magnitud 10! ¡¿Cómo esperas que me calme?!

Harvey ladeó la cabeza hacia Dwight, y clavó sus pequeños ojos negros en los claros de Dwight. No lo hizo de forma punzante, sino con serenidad, como esperando sosegarle.

- ¿Esto es por el terremoto, Dwight? ¿O por Gregory?

Dwight seguía de pie, con todos los músculos de su cuerpo contraído, le pareció volver a escuchar las contracciones en las sienas. Notó sus puños apretados, podía apreciar como las uñas se le clavaban en las palmas de la manos. Respiraba con fuerza, como extasiado, empezó a sentir una sensación de mareo, le faltaba el aire, se tambaleó torpemente sobre la mesa. Harvey se levantó con todo su peso y le ayudó a estabilizarse como pudo.

- Dwight...

- Estoy... bien... se me pasará... me he levantado demasiado rápido.

- La puerta se abrió de pronto y Jane entró de nuevo.

- Sr. Crawford, acaba de llegar el Sr. Davis, ¿quiere que le haga pasar? ¿O irán directamente a la sala de reuniones?

- Hágale pasar, por favor. – contestó Dwight, disimulando su aparente falta de aire.

La secretaria salió con brío y dejó la puerta abierta. Harvey no podía dejar de sostenerlo con sus grandes muñones, no le quitaba el ojo de encima. Dwight por el contrario miraba al frente, directamente al hueco que en unos segundos fue ocupado por la persona de Keigwin Davis. Entró con paso firme y decidido, vestía un traje azul marino, con raya diplomática,

su corbata azul clara estaba adornada con un alfiler de oro, llevaba el pelo peinado hacia atrás, engominado y observaba a través de sus gafas de pasta negra a Dwight y a Keigwin.

- Buenos días, Dwight ¿cómo se encuentra? – le dijo entrando y estrechándole la mano.

- Podría estar mejor, Keigwin. Imagino que ya conocerá a mi colega, el profesor Harvey Presnell de la Universidad de Virginia.

- Por supuesto que lo conozco; cómo olvidar aquella conferencia. – comentó con un tono extremadamente optimista, mientras estrechaba la mano también a Harvey.

Los tres permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Dwight se dignó a hablar atropelladamente de nuevo.

- Keigwin... le he hecho llamar porque...

- Por el seísmo de magnitud diez. Claro, creemos que puede deberse a un fallo en los sismógrafos. Si me permiten ser franco, la FEMA jamás en su historia ha previsto una catástrofe natural de tales características, por ello hemos contactado con el servicio técnico para que realicen unas comprobaciones. Puede que estemos haciendo una montaña de un grano de arena.

Dwight siguió mirando a Keigwin, pero con cierta incredulidad. Harvey por su parte, se hizo a un lado y dio la espalda a Keigwin disimuladamente; todo lo que su corpulencia le permitió. Dwight pudo deducir que no era del agrado de su amigo e intentó mantener la conversación desde una perspectiva preocupante, pero sin llegar a envalentonarse, ni con la intención de sonar alarmista.

- La revisión de los sismógrafos fue realizada hace un mes. Todo el sistema funciona en perfectas condiciones.

- Siempre existen las excepciones. – comentó de nuevo Keigwin, con una sonrisa de oreja a oreja.

- Por el amor de Dios... - murmuró Harvey, con rabia contenida.

- ¿Ha dicho algo profesor? – inquirió Keigwin, parecía estar siendo realmente inocente.

Harvey giró toda su persona hacia Keigwin, pero conservando las distancias.

- No espero decirle cómo tener que hacer su trabajo, pero sus comentarios no me están dejando muchas alternativas.

- Entonces no lo haga. – devolvió con insolencia contenida Keigwin.

Aquel comentario, que suponía un cambio de actitud radical, desconcertó a Dwight, pero tan sólo sirvió para enfurecer aún más a Harvey.

- Escúcheme bien, niño de mierda... Está hablando con dos expertos en la materia, lo cual no nos convierte en poseedores de la verdad absoluta, pero si mi colega ya le ha advertido que el sistema de sismógrafos funciona perfectamente, entonces no hay lugar a dudas... Estamos ante el primer caso de un seísmo de magnitud diez de la historia.

- Queremos asegurarnos, eso es todo. – volvió a defenderse Keigwin, esta vez se mostró hasta comprensivo.

- Estamos perdiendo unos segundos preciosos. ¡Maldita sea! Díselo, Dwight, no te quedes ahí como un pasmarote.

- ¡Basta ya, Harvey! – estalló Dwight - ¡Mantén la compostura, por favor! ¡Esto es muy serio!

- ¡Precisamente porque es muy serio ya va siendo hora de que pongamos al tanto a las autoridades pertinentes! ¡El sistema localizará el epicentro en cuestión de horas! ¡Apenas tenemos tiempo de respuesta! – rugía Harvey.

- Caballeros. – cortó tajantemente Keigwin – Tengo en debida cuenta su preocupación, su experiencia y su consideración. No obstante, tengo instrucciones más que claras de comprobar el sistema, lo cual llevará más de un par de horas. Además no pueden olvidar que estamos en período de campaña electoral.

- Será posible... - bufó Harvey, moviendo cada carnaza de su cuerpo con indignación.

- Pero la FEMA debe entender... - explicó malamente Dwight, a trompicones - aún con la campaña electoral en vigor... esto es verdaderamente terrible... hasta el mismísimo presidente debería estar al tanto.

- Y lo estará. A su debido tiempo, hay un protocolo que respetar, Dwight. Usted está bien al tanto.

- ¡No tendrán electores si siguen perdiendo el tiempo de esta forma! ¡Es posible que hasta ni presidente! ¡¿No alcanza a concebir la gravedad de

los hechos?! ¡Debemos actuar ya! – volvió a arremeter Harvey.

Keigwin sostuvo la furia justificada de Harvey con verdadero tesón. Se colocó sus gafas con el dedo índice y sin más anunció:

- Esta noche no he dormido muy bien, necesito un café. Le recomendaría que hiciese usted lo mismo, profesor. Les aconsejo que conserven la calma. Nos vemos en la sala de juntas.

Y dicho esto salió del despacho de Dwight con extrema cautela, sin perder su optimismo ni su aparente tranquilidad. A Dwight le recordó a Gregory por un instante. Y la duda le volvió a asaltar de nuevo. Harvey no hacía más que farfullar y quejarse de la incompetencia de Keigwin.

- Conseguiré que nos maten a todos... estos niñatos de mierda... no tienen ni idea de lo que dicen... ¡Tengo contacto directo con Terrence Mansfield! ¡Su puto jefe! ¡El administrador de la FEMA! Voy a llamarle ahora mismo...

Harvey inició su cargado y pesado paso hacia la puerta.

- Harvey...

Este se detuvo en el último momento al escuchar la voz de Dwight. Se giró a escasos centímetros de la puerta.

- ¿Qué?

- ¿Tú recuerdas qué me dijo Gregory cuando estuvo aquí?

- ¿Cuando estuvo aquí? ¿Cuándo?

- El día que se jubiló, hizo traer ésta mesa de roble, y me dijo algo... pero no consigo recordarlo.

- Llegué poco después, Dwight. No puedo saberlo.

- Ya... es verdad... qué estupidez... Aún así... me gustaría que me dijeras aquello a lo que te referías antes de él...

- No creo que sea el mejor momento para hablar de esto, Dwight. – sentenció Harvey con tono casi autoritario.

- Tengo derecho a saberlo... ¿A qué te referías? – preguntó irritado Dwight.

- Por favor, Dwight... es absurdo...

- ¡Quiero saberlo, Harvey! ¡Dímelo, joder!

Harvey se quedó sorprendido por la reacción de Dwight. Sabía que tenía un temperamento terrible, y que a veces, podía ser verdaderamente difícil de tolerar, pero no entendía a santo de qué querría saber aquel dato acerca de Gregory.

- Gregory consumía heroína.

- Eso es imposible... Gregory jamás...

- Era un secreto a voces, Dwight. – volvió a interrumpir bruscamente Harvey – Todos lo sabíamos... pensé que tú también.

- No... no puede ser... ¡Es imposible! ¡Él no! ¡No! – gritó desesperadamente Dwight golpeando la mesa de roble con sus puños cerrados, como un primate fuera de sí demostrando su dominio.

Golpeó la mesa repetidas veces hasta que escuchó como uno de sus puños se quebraba por la intensidad de los golpes. Harvey terminó acercándose a él y aferrándole las muñecas para que dejase de hacerlo de una buena vez.

- ¡Cálmate de una puñetera vez! ¡Estás montando un espectáculo, Dwight! ¡Mírate!

- ¡Él no! ¡No puede ser! – continuaba negando Dwight, mientras su flequillo canoso bailaba al son del movimiento exagerado que realizaba.

Harvey hacía toda la fuerza que podía para evitar aquellos aspavientos. Ambos acabaron entrelazados en una especie de danza experimental, hasta que Harvey pudo percibir como los ojos de Dwight se abrían como platos y empezaban a inyectarse en sangre. Optó por soltarle y dejarle sobre su asiento, pero ahora Dwight se removía incómodo, con falta de aire, eso no cesó su griterío, al contrario, lo reforzó todavía más:

- ¡Ella vino a casa aquella noche y me lo dijo! ¡Estaba tan rara! ¡Pero me lo dijo! ¡Me dijo que el roble es una madera muy elegante!

- Pero... ¿Quién? ¿De quién estás hablando? – inquiría Harvey, sin comprender.

- ¡Mary! ¡Vino aquella noche como ida! ¡No parecía ella! ¡Decía cosas incoherentes! Pensé que estaba borracha... ¡Pero no!

- No lo entiendo... No sé qué quieres decir, Dwight...

- ¡Gregory! ¡Aquel día! ¡Antes de que tú vinieras! ¡Recuerdo lo que me dijo!

- ¡¿El qué?! – inquirió fuera de sí Harvey.

- ¡Cuando me trajeron la mesa! ¡Dijo que si quería ser director me hacía falta un mobiliario más elegante! ¡Que la mesa era de madera de roble, y que eso era el colmo de la elegancia! ¡Eso fue lo que me dijo!

Harvey le observó atónito sin saber qué decir. Dwight sintió de nuevo cómo las sienes se le contraían, apretó los ojos con fuerza y se agarró a la silla, le faltaba el aire. Pero aquello no pasó de ahí, sino que empezó a extenderse por todo su cuerpo y no podía detenerlo, pum, pum, pum. Se atrevió a abrir los ojos un instante, verdaderamente asustado, temeroso de que pudiera ser otro ataque, y entonces, pudo observar a Harvey agarrándose con todas sus fuerzas a la mesa de roble, mientras todo el mobiliario de su despacho, así como todos los objetos que se hallaban en el mismo, comenzaron a temblar sin cesar.